

PEDAGOGIA SOCIAL Y POLITICA

por

Lorenzo Luzuriaga

Introducción crítica de

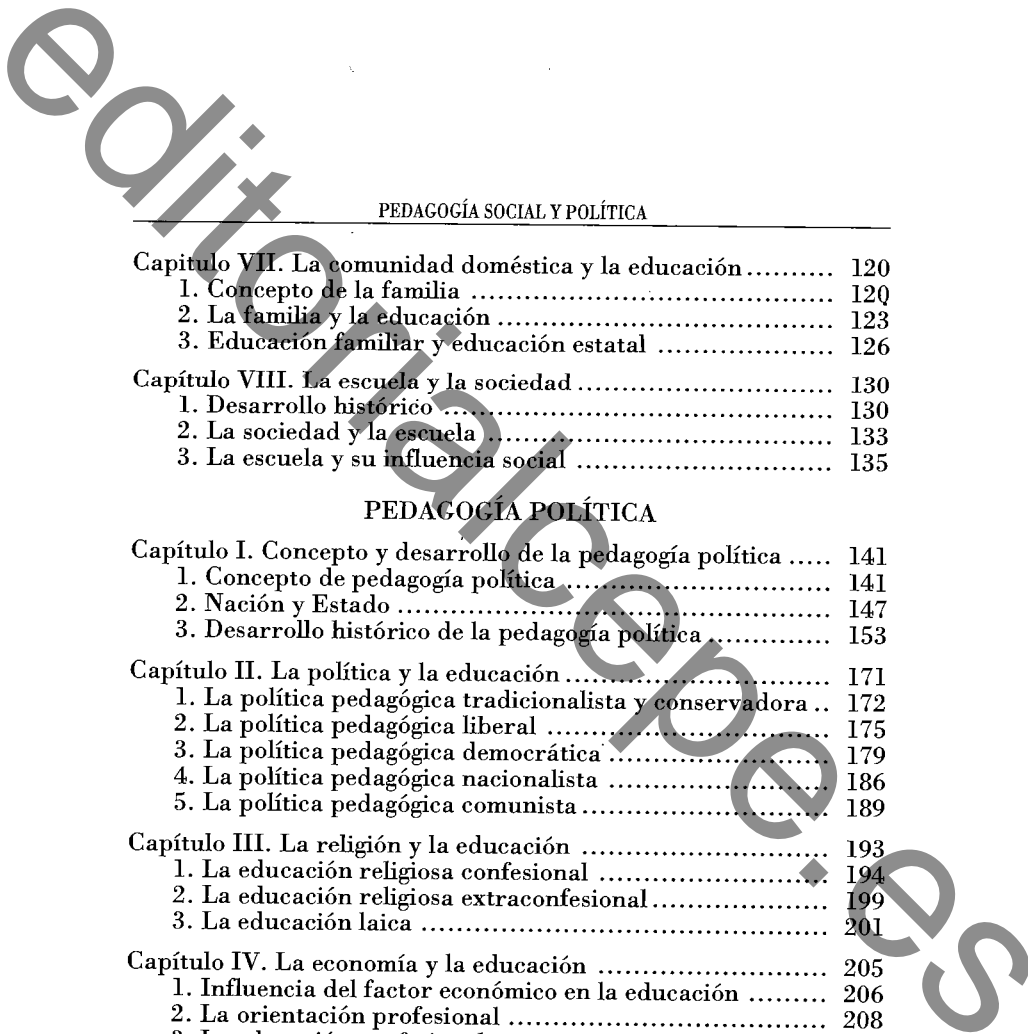
Herminio Barreiro Rodríguez



**CE
DE**

Introducción crítica	9
PEDAGOGÍA SOCIAL	
Presentación	31
Capítulo I. Concepto y desarrollo de la pedagogía social	33
1. Concepto de la pedagogía social	33
2. Desarrollo de la pedagogía social	38
A. La pedagogía clásica	39
B. La pedagogía moderna	44
Capítulo II. La sociedad y la educación	51
1. Concepto de la sociedad	51
2. Concepto de la educación	55
3. La educación en la sociedad	58
4. Sociedad, cultura y educación	62
Capítulo III. Las clases sociales y la educación	67
1. Concepto de la clase social	67
2. La educación y las clases sociales	72
3. La selección social y la educación	78
Capítulo IV. Las generaciones y la educación	83
1. Concepto de la generación	83
2. Las generaciones y la juventud	86
3. Los movimientos juveniles	87
4. La educación y las generaciones	91
Capítulo V. Las masas y la educación	95
1. Concepto de las masas y las minorías	95
2. La educación y las masas	98
3. La educación y las minorías	100
4. La cultura de masas y la educación de adultos	102
Capítulo VI. La comunidad local y la educación	108
1. Comunidad rural y comunidad urbana	108
2. La educación rural y la urbana	112
3. Factores de la comunidad local y la educación	116





PEDAGOGÍA SOCIAL Y POLÍTICA

Capítulo VII. La comunidad doméstica y la educación 120

1. Concepto de la familia 120
2. La familia y la educación 123
3. Educación familiar y educación estatal 126

Capítulo VIII. La escuela y la sociedad 130

1. Desarrollo histórico 130
2. La sociedad y la escuela 133
3. La escuela y su influencia social 135

PEDAGOGÍA POLÍTICA

Capítulo I. Concepto y desarrollo de la pedagogía política 141

1. Concepto de pedagogía política 141
2. Nación y Estado 147
3. Desarrollo histórico de la pedagogía política 153

Capítulo II. La política y la educación 171

1. La política pedagógica tradicionalista y conservadora .. 172
2. La política pedagógica liberal 175
3. La política pedagógica democrática 179
4. La política pedagógica nacionalista 186
5. La política pedagógica comunista 189

Capítulo III. La religión y la educación 193

1. La educación religiosa confesional 194
2. La educación religiosa extraconfesional 199
3. La educación laica 201

Capítulo IV. La economía y la educación 205

1. Influencia del factor económico en la educación 206
2. La orientación profesional 208
3. La educación profesional 211

Capítulo V. La legislación y la educación 215

1. Las primeras Constituciones políticas 217
2. Las Constituciones posteriores a la I guerra mundial ... 221
3. Las Constituciones posteriores a la II guerra mundial .. 225



«Un reformador para un pueblo»

Lorenzo Luzuriaga Medina es, antes que nada, un nombre con peso específico propio y significativa entidad en la historia de la educación española de este siglo. Más allá de lo que pueda depararnos una lectura de sus libros, se nos impone la reciedumbre de una vasta obra pedagógica y una acción educativa prolífica, multiforme y plenamente consolidada.

Lorenzo Luzuriaga es uno de los personajes más importantes del proceso de renovación histórica que se inicia en España con la revolución de 1868 y la I República y que se desarrolla a lo largo del primer tercio del siglo XX, particularmente en lo que se refiere a la puesta al día del proceso educativo. Como profesional de la educación, Luzuriaga dedicó la mayor parte de su trabajo a la búsqueda de la mejor armonización de la enseñanza con la renovación de estructuras que se intentaba en los restantes aparatos del viejo Estado y en otros órdenes de la vida nacional.

Los aires renovadores que Sanz del Río y la generación del 68 había aportado a la vida cultural española, prenden con mucha fuerza en las dos últimas décadas del siglo XIX. Desde 1876, la Institución Libre de Enseñanza llevaba a cabo un trabajo de actualización pedagógica y cultural encomiable, que no cesará hasta 1936. Las interconexiones base social/superestructura cultural son mayores cada día. Asistimos a una reconciliación o reencuentro, al menos en las declaraciones programáticas —y, muchas veces, en la práctica—, entre los



dos sectores más profundamente escindidos del proceso productivo: el sector de los trabajadores intelectuales y el de los trabajadores manuales. La mejor ejemplarización de este fenómeno la constituyen las positivas relaciones, que entonces se inician, entre socialistas e institucionistas (dos focos capitales de la renovación histórica española contemporánea).

A partir de entonces, la alianza entre estas dos fuerzas sociales, con importantes implicaciones de clase, será ya un objetivo político permanente. Tras apagarse un poco a raíz de los acontecimientos de 1898, resurgirá impetuosamente en 1914-15. Este fenómeno histórico de la España contemporánea tiene su origen, entre otras causas, en el papel dirigente y especialmente activo de la clase obrera — como reiteradamente ha señalado Pierre Vilar — y en la necesidad, por parte de los intelectuales, de romper el subdesarrollo cultural. Por lo tanto, la ruptura de un sistema económico, político y cultural arcaico y su completa renovación será un objetivo común de socialistas e institucionistas.

Y Lorenzo Luzuriaga entra en acción precisamente en un momento álgido de esa coyuntura. Desde los primeros años del siglo, será discípulo de Giner de los Ríos en la ILE y alumno y compañero de Cossío en el Museo Pedagógico Nacional. Será también un hombre del Partido Socialista. Es decir, ejemplifica y personaliza las constructivas relaciones entre socialistas e institucionalistas. Será después uno de los grandes animadores de las reformas educativas de la II República. Y, en 1936, será ya un exiliado...

Reune, pues, nuestro autor todos los atributos que definen a los que María Dolores Gómez Molleda llamó «reformadores de la España contemporánea». Y su acción se despliega, cronológicamente, coincidiendo con lo que Tuñón de Lara denominaría «Edad de Plata» de nuestra cultura. Luzuriaga es un personaje-puente que inicia su andadura intelectual y profesional en torno a los años 1914-15 y la termina, en España, en 1936. Es un elemento de unión entre la

generación de Giner (cuando ésta terminaba ya su labor) y la que construye la II República. 1868, 1898, 1914-15, 1927 y 1936 son los años que marcan las pautas generacionales del proceso de renovación histórica al que venimos aludiendo.

Lorenzo Luzuriaga entraría de lleno dentro de la generación del 14 que, por cierto, él mismo bautiza así en el libro que hoy se ofrece a los lectores. Nació en 1889, es decir, en la penúltima década del XIX, año en el que nacieron también otros componentes de la generación por él citados; su nombre está entre los socios fundadores de la «Liga de Educación Política Española» (con Ortega y Azaña a la cabeza) y de la «Escuela Nueva» de Núñez de Arenas; será un colaborador asiduo del semanario *España*; disfrutará de una beca concedida por la «Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas» para cursar estudios en Alemania... Reune, pues, las características definitorias y comunes del 14: espíritu renovador y asociacionista, formación intelectual cualificada, utilización de la prensa como tribuna y medio de difusión y especialización científicas, conocimiento de la cultura europea, etc.

A partir del emblemático bienio 1914-15 —tan determinante en el acontecer pedagógico español de nuestro tiempo—, Luzuriaga querrá dedicarse, tras su aprendizaje primero del oficio de maestro en la «Escuela Normal Central» y en la «Escuela de Estudios Superiores del Magisterio», a «hacer precisión» en el dominio de la pedagogía —utilizando la célebre expresión de Ortega—. Y lo hará, en principio, en forma de interesantes artículos que aparecen en el semanario *España*, en el diario *El Sol*, en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (BILE) y en otras publicaciones. Lo hará también en sus primeros libros y en los programas de instrucción pública que prepara el Partido Socialista. Y lo hará, sobre todo, en su trabajo tenaz, cuidadoso y vanguardista de las páginas de la *Revista de Pedagogía*, que él funda y dirige en 1922 y que desplegará su acción difusora y renovadora de la pedagogía española hasta 1936.



El Luzuriaga de estos años —y, más aún, el Luzuriaga maduro del exilio— conservaba muy vivas las huellas magistrales de Giner y la influencia directa de Cossío en el trabajo, con él compartido, del MPN. He ahí las dos primeras influencias, armónicas y poderosas, que había recibido en su juventud. Y, junto a Giner y Cossío, Castillejo, Simarro y Altamira. Con Castillejo aprenderá tareas organizativas indispensables en toda empresa moderna y europeísta. Con Simarro conoce lo más sobresaliente de la nueva ciencia de la Psicología —poco más tarde, leerá también a Freud—. Y en el «Centro de Estudios Históricos» recibirá de Altamira importantes lecciones sobre la técnica de la investigación histórica.

Luzuriaga se empapa, pues, durante esos años de ciertos principios éticos, profesionales y metodológicos que ya no abandonará nunca. Era el *estilo* de la *Insti*, como diría Jimena Menéndez Pidal, la creencia mesiánica en una libertad sin límites y el utopismo pedagógico que estará presente en buena parte de su obra. Aunque, por otro lado, no se conformaba con eso. Seguía pugnando en él el rebelde sin medios económicos que siempre había sido y el hombre aficionado a la vida política desde muy pronto y decidido a estar siempre cerca de los centros de poder; consciente, en definitiva, de que la educación deseada —o determinada concepción de los fines educativos— estaba siempre en función de un determinado proyecto político (Repáren en el título de esta obra...).

Porque, ¿hasta dónde van unidas y dónde deben separarse—sies que deben—*educación, cultura y política*? Luzuriaga se planteará este problema, reiterada y contradictoriamente, a lo largo de su obra en España y en el exilio. Tratará de salvaguardar su libertad individual, su independencia y la libertad y la independencia de sus obras de creación, pero no renunciará nunca a luchar por unos ideales de renovación y de progreso, que le llevarán desde posiciones políticas radicales a posiciones de más amplio espectro, que defenderá siempre encarnizadamente.

Esta ambivalencia de su personalidad política le hará pasar del radicalismo de la época del semanario *España* (1915-1916) y el diario *El Sol* (1917-1921) a la prudencia política de los primeros tiempos de la *Revista de Pedagogía* (años de la Dictadura de Primo de Rivera) y del radicalismo republicano al desconcierto del exilio y de la «guerra fría», del que se encuentran rastros evidentes en varios capítulos de este libro.

La lectura ideológica y política de sus escritos de entonces nos ofrece la imagen de un Luzuriaga muy dentro de las posiciones socialistas más avanzadas, elaborando ya los primeros elementos de la *escuela única*, divulgando cuestiones básicas de «organización escolar», presentando en España a autores, teorías y movimientos pedagógicos de vanguardia, etc. En suma, Luzuriaga es un claro ejemplo de las estrechas relaciones históricas existentes entonces entre la «fundación» Giner de los Ríos y la «fundación» de Pablo Iglesias.

Aplicadamente, nuestro hombre trataba de «hacer precisión» en pedagogía, tal y como quería Ortega. Y no lo hace como *teórico* —que, en rigor, no lo es— sino como *práctico*. Simplemente, informa, expone los problemas, orienta metodológicamente. Su crítica no es esencialmente pedagógica —aunque tampoco deje de ser tal— sino sociológico-educativa e histórico-educativa. Como la que, de alguna manera, intenta hacer en este libro, escrito ya en el exilio (primeros años 50). Luzuriaga se concede un orden de prioridades y sabe que España necesita, como ya decía Cossío, una reforma educativa «en extensión» antes que una reforma «en profundidad».

A estas influencias y a estas inquietudes se había sumado ya, desde 1909, su primer encuentro con Ortega. Las clases de Ortega en la «Escuela de Estudios Superiores del Magisterio» son las que le descubren el mundo de la filosofía. A partir de ese momento, la influencia de Ortega en él será permanente, pero, al mismo tiempo, discontinua, coyuntural. La atracción que Ortega ejercía sobre Luzuriaga era una atracción de brillo intelectual, de prestigio, de cultura sofisticada. Pero el instinto

político y la posición de clase de Luzuriaga seguía entonces otros derroteros, más próximos a los de Azaña e incluso a la izquierda de Azaña. Las conclusiones que suele extraer nuestro autor de las tesis de Ortega, casi siempre son distintas de las del propio Ortega. Es como si hicieran una lectura diferente –producto de su «circunstancia» diferente– de cada uno de los acontecimientos que les toca vivir. Hay, pues, atracción orteguiana –que se acentuará con el paso de los años y que tan presente está en la obra que hoy se reedita–, pero, en principio, no hay una identificación plena con su filosofía.

Se configuran así las tres influencias principales en el joven Luzuriaga: institucionismo, socialismo y orteguismo; las tres, en distinta proporción y en momentos también distintos y siempre en función de la coyuntura sociopolítica española. Convendría señalar, no obstante, que sus preocupaciones políticas terminarían cediendo ante las profesionales. El pedagogo de Valdepeñas sabía que la política tenía un peso decisivo en su profesión, pero su dedicación principal seguiría siendo una dedicación pedagógica y técnica.

Una división temática de la obra de Luzuriaga debe ir necesariamente estructurada en torno al viejo y nuevo concepto de *educación nueva*. En primer lugar, educación «nueva» – o, al menos, profundamente renovada– en su formulación teórica de *escuela unificada-escuela única* (expresión vacilante y polémica en principio; Luzuriaga se decanta por *escuela unificada* –él mismo se considera introductor en España del término alemán *Einheitschule*–, pero, finalmente, la pujanza internacional de la expresión francesa *Ecole unique* es la que se impone). En segundo lugar, educación «nueva» –hondamente remozada– en su acepción rousseauniana y metodológicamente innovadora de *escuela activa*. Y, por último, educación «nueva» concretada y materializada en el programa de una *escuela pública y laica*.

Así pues, la pluridimensionalidad de la obra de Luzuriaga gira siempre alrededor del internacional concepto de *educa-*

ción nueva o escuela nueva, desde Giner de los Ríos o J. Dewey a María Montessori o Adolfo Ferrière.

Como vemos, su punto de partida será la *escuela única*. La *escuela única* es, para Luzuriaga, la vía de solución de la contradicción «escuela confesional/escuela laica». Por eso la batalla fundamental de la obra de Luzuriaga en España será una batalla por el laicismo, en sintonía con la estrategia política de Manuel Azaña, intelectual y dirigente carismático de la II República y compañeros ambos desde los tiempos de la «Liga de Educación Política». Batalla, pues, conjunta y que recuerda, en algunos extremos, la emprendida con éxito por Jules Férry en Francia, a mediados del XIX. En el fondo, se trataba entonces, en España, de abordar el viejo tema postrevolucionario francés de la separación de la Iglesia y el Estado (recordemos la famosa intervención de Azaña, en octubre del 31, en el Parlamento y su comentadísima expresión de choque «España ha dejado de ser católica»).

Por otra parte, la *escuela única* es el más importante intento de renovación del sistema educativo durante el periodo de tiempo que nos ocupa. Es una alternativa político-educativa en su sentido más amplio. Luzuriaga quiere arraigar en el pueblo español y en sus dirigentes la conciencia de que la educación ya no es un privilegio, sino un derecho; vieja idea condorcetiana e ilustrada que llegaba quizá demasiado tarde a nuestro país.

Una escuela así tenía que moverse necesariamente entre la realidad y la utopía. Porque detrás de ese enunciado asoma amenazadora la silueta de la contradicción «escuela neutral/escuela de clase», caballo de batalla de los análisis de gran calado de la sociología de la educación y preocupación dominante de todos los políticos revolucionarios del siglo XX. Ecos de esta batalla, susceptibles de prestarse a las mayores discusiones y a los más grandes disensos, aparece, aquí y acullá, en esta *Pedagogía social y política*, de D. Lorenzo Luzuriaga.



Aquella *escuela única* se convertiría, andando el tiempo, en la actual *escuela plural*, reflejo de la instalación presente de nuestro país en una dinámica sociopolítica reformista (en la que, permitaseme aventurar, se sentiría muy cómo Lorenzo Luzuriaga), constatación de la contumacia histórica de determinados acontecimientos o «estrategia de conservación» social y de clase, en el análisis fuerte de Carlos Lerena.

Y si en el orden externo la *escuela única* es la vía de solución para evitar el monopolio—o, al menos, la predominancia—de un sector de la sociedad sobre los demás, en el orden interno se impone igualmente una reforma en profundidad. Esa será la tarea de la *escuela activa* (piénsese, por ejemplo, en el papel actual de los «movimientos de renovación pedagógica» en la reforma educativa en marcha —LOGSE—). Junto a una renovación de las estructuras educativas, se necesitaba una renovación de los métodos pedagógicos y de las técnicas didácticas. La *escuela activa* se convertirá así en un complemento importantísimo de la *escuela única*.

Bien entendido que todo ello exigía una reorganización escolar. Luzuriaga, que sería durante un tiempo profesor de Organización Escolar en la Universidad de Madrid y Secretario Técnico del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, publicó abundantísimos materiales sobre el tema y son conocidos sus análisis comparativistas con numerosas experiencias escolares europeas y americanas, tanto en el ámbito de la macroorganización escolar (sistema educativo) como en el de la microorganización escolar (escuela).

La *escuela única y activa*, piensa Luzuriaga, sólo puede materializarse plenamente si cuenta con el apoyo estatal. Nos falta, pues, el tercer elemento, la *escuela pública*. El antagonismo principal de este tipo de escuela vendría determinado por todo lo que se relaciona con la *escuela privada*. Y en España, esa escuela privada era eminentemente *confesional*. En su monografía *Ideas para una reforma constitucional de la educación pública*, de 1931 (repárese en este título, que nos



remite a Helvetius y a la Ilustración), Luzuriaga reduce la razón de existir de las escuelas privadas a la conveniencia de que pongan en marcha procesos de experimentación e innovación pedagógicas, siempre bajo la supervisión del Estado.

Queda así explícitamente formulada la alternativa que tratará de concretar el pedagogo institucionista durante el periodo republicano; *escuela única, activa, pública y laica*. Luzuriaga tratará de arropar siempre estos objetivos educativos con la más completa argumentación histórica y política.

Este esfuerzo de nuestro autor por construir una alternativa novedosa para la educación española, le llevó a abarcar gran número de problemas, no siempre tratados —es cierto— con la debida calma y el correspondiente rigor. Luzuriaga fue un artesano y un trabajador a destajo de la pedagogía, más que un hombre de pensamiento elaborado. Fue —como decíamos antes— un «práctico», más que un «teórico». Por eso su reiteración en determinados temas —tanto en España como fuera de España— sólo puede explicarse por su afán de divulgación y por sus deseos de llegar siempre al mayor número de educadores, en cuyas manos estaba —y sigue estando— la posibilidad real del cambio.

LA «GUERRA FRÍA» Y LOS LIBROS DEL EXILIO

Lorenzo Luzuriaga Medina fue uno de aquellos españoles que abandonarían el país en el transcurso de la guerra civil de 1936-1939. Es, pues, para la historia, uno de esos españoles «del éxodo y del llanto» que dejan España, entre la incertidumbre y la desolación, poco tiempo después de iniciarse la contienda. En 1936 comenzó ya para él —y para muchos otros— el duro exilio, aunque algunos hayan podido hablar, en ciertos casos y con no poca ironía, del «dorado» exilio...

José Luis Abellán, en su obra *La cultura en España*, habla de una emigración en masa de profesores, pensadores, escritores y artistas. Entre ellos, Américo Castro, Rafael



Altamira, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pedro Salinas, León Felipe, Arturo Barea, Max Aub, Ramón Sender, Francisco Ayala, Manuel Andújar, Juan Marichal, Aurora de Albornoz, Lorenzo Luzuriaga, José Castillejo, Joaquín Xirau, Arturo Duperier, Emilio Mira y López, María Zambrano, Fernando de los Ríos, Jiménez de Asúa, Wenceslao Roces, etc.

Sobre tan alto número de intelectuales cayó, durante los años del franquismo, en España, una espesa niebla de silencio, calumnias y rencores. Todos ellos desaparecieron, hasta tiempos muy recientes, de los escaparates de la cultura. Para los que aquí quedaron, para el pueblo español en general, era como si efectivamente hubieran muerto. O, peor aún, como si nunca hubieran existido.

Ingente es la cantidad de estudios realizados sobre esta gran odisea contemporánea. Grande fue la solidaridad que despertó en el mundo. Y será también, sin duda alguna, fuente de inspiración de primera mano para gran número de escritores y artistas. Y si el exilio era para ellos lo más parecido a la nada, España será, para muchos, un infierno... El apogeo del fascismo en Alemania e Italia coincide con el final de la guerra civil. Ese mismo año, las tropas hitlerianas inician la invasión de Europa y el exterminio de pueblos enteros. Será la guerra más feroz. Será la II Guerra Mundial. En España seguirá desecandeniéndose una fortísima represión...

Así pues, 1939 será, para muchos, un punto sin retorno. Nada podrá seguir siendo igual para ellos. Porque otra —e incluso muy otra— será la realidad del extranjero, por muy próxima que la sintamos a nuestra propia cultura. Otros son los problemas en tierras extrañas, otras las inquietudes y muy distintas las razones de actuación personal.

Difícilmente podría existir una línea de continuidad investigadora —sobre todo en el ámbito de las ciencias sociales— después de haber vivido unos acontecimientos tan duros. Y mucho menos cuando se trata de una vida ya hecha y con una

obra muy definida. Una derrota como aquella transforma cualquier proyecto personal de vida. Por eso la producción pedagógica de Lorenzo Luzuriaga en el exilio (estancias breves en Londres y Glasgow y estancias largas en Tucumán, Caracas y Buenos Aires) continúa, aparentemente, en idéntica progresión que en España, pero será, en realidad, una producción sustancialmente distinta. Le faltará el contacto con la realidad práctica conocida y propia. Se limitará, en ocasiones a reeditar y actualizar «en abstracto» lo ya publicado. Publicará también bastantes cosas nuevas, más o menos valiosas; pero todo esto va a hacerlo en un contexto muy diferente.

La alternativa pedagógica de Lorenzo Luzuriaga en la España del primer tercio de siglo es una alternativa encarnada en la realidad viva del país; una alternativa que puede ser sometida a una crítica permanentemente contextualizada. Su obra del exilio, en cambio —igual de copiosa y pasional y, curiosamente, la primera que llegó hasta nosotros, en las ediciones de Losada de los primeros 60—, es una tarea profesional desarraigada.

Después de la edición de los *Textos pedagógicos hispanoamericanos*, bajo la dirección de María Angeles Galino, Lorenzo Luzuriaga ha «reaparecido» en bastantes libros, ensayos y artículos. Desde el estudio preliminar y la muestra antológica que nos ofrece Julio Ruiz Berrio en esa edición, hasta el trabajo de investigación acometido en Argentina por Claudio Lozano, hace algunos meses, sobre la etapa americana del pedagogo institucionista, pasando por el trabajo doctoral de Eloísa Mérida sobre la *Revista de Pedagogía*, por los capítulos de Mariano Pérez Galán, Mercedes Samaniego y Antonio Molero en sus estudios «republicanos» y por un buen número de memorias de licenciatura que tocaron aspectos centrales o más o menos tangenciales de la obra de D. Lorenzo. Convendría citar igualmente las páginas que le dedicaron Mantovani o Damasco Penna, entre otros.

Lo cierto es que la guerra civil trunca abruptamente la obra de Luzuriaga en España. El desarrollo de su labor en el

exilio es ya otra tarea. Se trata ahora de la labor de un hombre expatriado, que se introduce en organismos de difusión distintos y que trabaja y escribe, en principio, para un público también distinto.

La segunda guerra mundial cambia y altera las coordenadas en las que se mueve el mundo de la educación. A partir de entonces, entramos de lleno en los problemas que hoy nos siguen preocupando. La guerra y las revoluciones modificarán sustancialmente la correlación de fuerzas. A Luzuriaga le queda únicamente la herencia de los principios, de la conducta y de los métodos de una renovación perdida...

¿Cómo reacciona ideológica y políticamente ante los acontecimientos? ¿Hay una línea de continuidad entre el viejo institucionista y socialista derrotado y el nuevo hombre emigrado e inmerso en el proceso de la «guerra fría»? ¿Se produce en él una fractura, una quiebra, como consecuencia de las últimas conmociones sociales, políticas y militares? ¿Le marca de alguna manera el desenlace violento y traumático del proceso republicano español? Sin duda, existen varias respuestas para cada una de estas preguntas. Si en su etapa española, Luzuriaga reaccionaba muchas veces como un intelectual con una clara tendencia pragmática —casi siempre en función de hechos capitales—, ahora, los nuevos y brutales sucesos repercutirán también en su labor creativa, pero por razones más graves. Intentará teorizar tal vez más de la cuenta (probablemente a causa de su desarraigo), pero conservará su espíritu emprendedor y entusiasta, aunque algo alterado por la realidad inestable del mundo tenso y cambiante en que vive. Su hija Isabel (que ejerce hoy como psicoanalista en Madrid) me decía recientemente que, cuando la familia se reunió en el exilio, su padre les dijo a todos con decisión: «Hay que olvidarse de todo lo que pasó y de todo lo que está pasando; tenemos que salir adelante como sea...»

Con todo, nos parece entrever, en una primera lectura de su obra en América, ciertas vacilaciones políticas e ideoló-

gicas e incluso algunos juicios temerarios que, en el calor de las realizaciones cotidianas en su tierra, tal vez no hubieran tenido lugar... Efectivamente, su obra en España ya quedaba atrás. Lejos quedaban Giner y Cossío, Ortega, el Partido Socialista, el Museo Pedagógico Nacional y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid...

A pesar de todo, en 1942, Luzuriaga reanuda su ritmo de publicaciones. Reedita algunos materiales que ya habían aparecido en España y saca también algunas cosas nuevas. Estos nuevos títulos son, por ejemplo, *La pedagogía contemporánea*, *La educación nueva*, *La enseñanza primaria y secundaria argentina comparada con la de otros países*, etc. Se percibe en estas obras una cierta recuperación nostálgica de sus estudios sobre algunas experiencias escolares de vanguardia y sobre los sistemas educativos europeos de años atrás. Hay, sin embargo, en esas publicaciones, algunos elementos nuevos que demuestran que Luzuriaga no había interrumpido sus lecturas y se mantenía informado de la situación educativa internacional.

En 1944, está ya instalado en Buenos Aires. Vive de su trabajo en la Editorial Losada, al haber renunciado a su cátedra en la época de Perón. Allí dirige la «Biblioteca Pedagógica» de esa casa editorial y traduce al español *Democracia y educación*, de J. Dewey. Losada reedita buen número de sus obras. Interviene activamente a favor de la causa de los aliados en el «Consejo Británico» de la capital argentina. Colabora en las páginas dominicales de *La Nación* y se relaciona muy estrechamente con un amplio círculo de exiliados, entre ellos, Amado Alonso, Rafael Alberti, Francisco Ayala, Guillermo de Torre, Jiménez de Asúa, etc. Su hijo, Jorge Luzuriaga, en una carta del 29 de octubre de 1978, nos decía: «En Buenos Aires mi padre, juntamente con Francisco Ayala, dirigió la revista *Realidad*. Revista de ideas donde escribió lo más granado de la intelectualidad argentina: Francisco Romero, Eduardo Mallea, Julio Cortázar —entonces un jovencito que prometía—, José Luis Romero, etc.»



Hasta 1946 (año en que publicó su *Historia de la educación pública*) Luzuriaga no se atreverá a lanzar una primera mirada sobre España, en particular, sobre el recuerdo aún caliente de la obra republicana. Es entonces cuando, con amargura, se lamenta de la liquidación de todos los progresos realizados en la «educación democrática» en el primer tercio de siglo. El nuevo régimen es el único culpable...

En 1949, viaja a París, donde se encuentra con viejos amigos y conoce las últimas novedades sobre la reforma educativa francesa de la postguerra. Quedará gratamente impresionado—lo dirá poco después—por la calidad del Plan Langevin-Wallon.

En la década de los 50, publica su tratado clásico de *Pedagogía*, la *Historia de la Educación y de la Pedagogía*, esta *Pedagogía social y política*, *Ideas pedagógicas del siglo XX*, *Antología pedagógica*, *La educación de nuestro tiempo* y *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*. En 1960, y con carácter póstumo, aparecerá su *Diccionario de Pedagogía*.

EN EL CENTRO DE LA POLÉMICA

La primera edición de la *Pedagogía social y política* aparece en 1954 y se sitúa de inmediato en el centro mismo de la polémica. Luzuriaga trata de poner orden en el caos epistemológico en que empieza a debatirse la pedagogía y entra con decisión en ese difícil terreno, exponiéndose a los varapalos de sociólogos, didactas y teóricos de la educación. Pone en marcha una nueva concepción de la pedagogía, subrayando la especificidad de su vertiente *social y política* y esbozando una primera delimitación histórica de esa «nueva» dimensión de la pedagogía.

En realidad, sus preocupaciones de entonces eran el resultado de la convulsa situación del mundo de la postguerra y, en buena parte también, del propio desarrollo interno y de

la importancia creciente de la educación en la hora de la recuperación postbélica. La fe de Lorenzo Luzuriaga en el poder de la educación como palanca primordial de regeneración social y política sigue siendo grande. Luzuriaga es entonces más reformista que nunca. En la página 41 de la 5ª edición de Losada (texto base de la presente edición) y a propósito de «Las clases sociales y la educación», tras exponer la concepción marxista de las mismas, dice:

«Frente a esta concepción revolucionaria, está la paulatina transformación de las clases sociales... El problema está en realizar esta transformación sin grandes revoluciones y perturbaciones, y *para ello puede servir la educación*» (lo destacado es nuestro).

Y más adelante, en las páginas 50-51 de dicha edición, remacha esa argumentación:

«El problema de la educación en relación con las clases sociales estriba en si debe existir o subsistir una educación diferente para cada clase social o si debe haber una educación igual y única para todos; en si la educación debe contribuir al sostenimiento de las diferencias entre las clases sociales o debe tender a suprimirlas».

Sólo son dos botones de muestra. En general, la obra que nos ocupa, y que tienen ante ustedes, reúne todas las características de los libros de Luzuriaga en el exilio: recopilación y divulgación de viejos temas —aunque con preocupaciones nuevas y con otras resonancias—, eclecticismo doctrinal, afán enciclopédico y fidelidad a las viejas ideas y homenaje permanente a los viejos maestros: Giner, Cossío, Spranger, Dewey, Dilthey y, por encima de todos, Ortega. Y también los viejos ídolos de la sociología, Durkheim y Mannheim. Por último, el referente histórico tajante e irrenunciable de Pestalozzi y Natorp.

Como podrán comprobar, Luzuriaga aborda en este libro casi todos los temas y a gran velocidad. Hay, quizá,



demasiados ingredientes y no siempre bien condimentados en esta ensalada, como diría Carlos Lerena. Y falta sosiego a la hora de remejerlos. Sosiego y *finesse* analítica, dos cualidades que no era el fuerte de Luzuriaga. Rousseau, por ejemplo, aparece en varios momentos sesgado o mal interpretado; mal leído, en una palabra. Y Ortega está demasiado presente. Es éste, seguramente, el libro más «orteguista» de Luzuriaga.

Hoy, a casi cuarenta años de la primera edición de esta obra, Luzuriaga se instala de nuevo —¡lo que son las cosas!— en el corazón mismo de la polémica. Ahí está de nuevo el auge de la educación y de la pedagogía «social» en forma de nuevas titulaciones universitarias, de nuevos programas, en un mundo otra vez convulso y desorientado. La *Pedagogía social y política* parece que vuelve a estar de actualidad...

BIOGRAFÍA DE LORENZO LUZURIAGA

Lorenzo Luzuriaga Medina nació en Valdepeñas (Ciudad Real) el 29 de octubre de 1889. Era hijo de un maestro de Murrieta (Navarra), Santiago Luzuriaga y de Angeles Medina, de Socuéllamos. Se trasladaría muy pronto a Aravaca (Madrid), donde terminó sus estudios primarios. Ingresó pronto en la «Escuela Central de Maestros» y realizó más tarde estudios en la «Escuela de Estudios Superiores del Magisterio», donde conoció a María Luisa Navarro, que pronto sería su mujer. Fue más tarde discípulo y profesor en prácticas en la Institución Libre de Enseñanza, en cuya biblioteca y ambiente se formó intelectualmente. En 1909 sería pensionado por la «Junta de Ampliación de Estudios» para cursar estudios en Alemania. En 1913 gana la oposición al cuerpo de Inspectores, que desempeña en Guadalajara durante unos meses. En ese mismo año regresa a Alemania e inicia sus colaboraciones en la prensa especializada. Estudia en Jena y Berlín y traduce a Kant y Goethe. En 1914, ya de regreso a España, entra en la editorial Calleja como asesor de publicaciones escolares.

En 1914-15 comienza la actividad publicista de Luzuriaga en el semanario *España*. Es nombrado inspector agregado al Museo Pedagógico Nacional. Entre 1917 y 1921 dirige una página de pedagogía en el diario *El Sol*. En 1922 funda la *Revista de Pedagogía*. A lo largo de estos años van naciendo sus hijos, Jorge, Carlos, José e Isabel. La familia Luzuriaga está ya definitivamente instalada en Madrid. Su mujer, María Luisa Navarro sería colaboradora asidua de la *Revista de Pedagogía* y profesora en la Escuela de Sordomudos.

A partir de 1931 se abre su época más prolífica como publicista, como miembro del movimiento internacional de la «Escuela Nueva», como autor de importantes obras (vid. nota bibliográfica), como secretario técnico del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, como profesor de la sección de Pedagogía en la Universidad de Madrid y como personaje importante de la obra educativa que pone en marcha la II República.

En 1936 sale exiliado para Londres. Se traslada después a Glasgow, impartiendo cursos de español en aquella ciudad. Viaja después, con toda su familia, a Tucumán (Argentina). Sólo su hijo mayor, Jorge, permanece en España, encarcelado. Se traslada pronto a Buenos Aires. Allí trabaja en la editorial Losada y será nombrado más tarde profesor en la Universidad. Vivirá algún tiempo en Caracas. Retornará, por último a Argentina, donde muere el 23 de diciembre de 1959.

HERMINIO BARREIRO RODRÍGUEZ
Santiago de Compostela, diciembre, 1992



BIBLIOGRAFÍA DE L. LUZURIAGA

a) Hasta 1936

- *Direcciones actuales de la pedagogía en Alemania*. Librería Nacional y Extranjera, Madrid, 1913.
- *La enseñanza primaria en el extranjero*. Rojas/Cosano, Madrid, 1915-17 (Publicaciones del MPN), 3 vols.
- *Documentos para la historia escolar de España*. Cosano, Madrid, 1916-17, 2 vols.
- *La preparación de los maestros*. Cosano, Madrid, 1919 (MPN).
- *Derecho. Primer Grado*. Calleja, Madrid, 1919.
- *El analfabetismo en España*. Cosano, Madrid, 1919 (MPN).
- *Ensayos de pedagogía e instrucción pública*. Hernando, Madrid, 1920.
- *La enseñanza primaria en las Repúblicas Hispanoamericanas*. Cosano, Madrid, 1921.
- *La escuela unificada*. Cosano, Madrid, 1922.
- *Las escuelas nuevas*. Cosano, Madrid, 1923.
- *Escuelas de ensayo y reforma*. Cosano, Madrid, 1924.
- *Escuelas activas*. Cosano, Madrid, 1925.
- *Concepto y desarrollo de la nueva educación*. Cosano, Madrid, 1925.
- *El libro del idioma*. Pub. de la *Revista de Pedagogía*, Madrid, 1926.
- *La educación nueva*. Cosano, Madrid, 1927.
- *Bibliotecas escolares*. Cosano, Madrid, 1927.
- *Programas escolares e instrucciones didácticas en Francia e Italia*. Cosano, Madrid, 1928.
- *Programas escolares y planes de enseñanza en Alemania y Austria*. Cosano, Madrid, 1929.
- *Programas escolares de Bélgica y Suiza (Ginebra)*. Cosano, Madrid, 1930.
- *La nueva escuela pública*. Pub. de la *Revista de Pedagogía*, Madrid, 1931.
- *La escuela única*. Pub. de la *Revista de Pedagogía*, Madrid, 1931.

b) Posteriores a 1936

- *Antología de la literatura clásica española*. Estrada, Buenos Aires, 1941.
- *La educación nueva*. Univ. Nac. de Tucumán, 1942.
- *La pedagogía contemporánea*. Univ. Nac. de Tucumán, 1942.
- *La enseñanza primaria y secundaria argentina comparada con la de otros países*. Univ. Nac. de Tucumán, 1942.

- *Reforma en la educación*. Losada, Buenos Aires, 1945.
- *Historia de la educación pública*. Losada, Buenos Aires, 1946.
- *La escuela nueva pública*. Losada, Buenos Aires, 1948.
- *Pedagogía*. Losada, Buenos Aires, 1950.
- *Historia de la educación y de la pedagogía*. Losada, Buenos Aires, 1951.
- *Pedagogía social y política*. Losada, Buenos Aires, 1954 (2ª ed., 1958; 5ª ed., 1968).
- *Ideas pedagógicas del siglo XX*. Losada, Buenos Aires, 1955.
- *Antología pedagógica*. Losada, Buenos Aires, 1956.
- *La educación de nuestro tiempo*. Losada, Buenos Aires, 1957.
- *La ILE y la educación en España*. Losada, Buenos Aires, 1958.
- *Diccionario de Pedagogía*. Losada, Buenos Aires, 1960.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARBEIRO RODRÍGUEZ, H.: *Lorenzo Luzuriaga y la renovación educativa en España (1889-1936)*. Ed. do Castro, Coruña, 1989.
- GALINO, A. (dir.): *Textos pedagógicos hispanoamericanos*. Narcea, Madrid, 1974 (2ª ed.) (Con una selección de textos, nota biográfica e introducción crítica de Julio Ruiz Berrio sobre Lorenzo Luzuriaga, pp. 1607-1626).
- LOZANO, CI.: *La educación republicana*. Univ. de Barcelona, 1980.
- MOLERO PINTADO, A.: *La reforma educativa de la Segunda República. Primer Bienio*. Santillana, Madrid, 1977.
- PÉREZ GALÁN, M.: *La enseñanza en la Segunda República española. Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, 1977.



LORENZO LUZURIAGA

**PEDAGOGÍA SOCIAL
Y POLÍTICA**

editorialcepe.es



Cuando se examina la bibliografía actual se percibe el contraste que existe entre el enorme desarrollo alcanzado por la educación pública en nuestro tiempo y la escasez de estudios sobre la pedagogía social y política. Mientras la sociedad en general y los estados en particular emplean sumas ingentes en el sostenimiento de la educación; mientras crean y sostienen millares y millares de escuelas y otras instituciones de enseñanza; mientras millones de seres humanos —niños, jóvenes, adultos— son afectados en todo el mundo por la acción educativa, apenas contamos con una docena de obras sobre esta rama de la pedagogía.



Los pedagogos, en efecto, han estudiado la educación más desde el ángulo de la didáctica o de su teoría; los sociólogos apenas la tratan en sus escritos o lo hacen desde su punto de vista particular y exclusivista; los filósofos se han ocupado más de ella, pero naturalmente sólo como parte de su ideología. No quiere decir esto que falten por completo estudios sobre temas pedagógicos sociales y políticos; pero la mayoría de ellos se refieren a problemas particulares de la educación pública o a cuestiones relativas a la política pedagógica de los diversos países.

La obra presente no tiene la pretensión de llenar el vacío que se observa en el dominio de la pedagogía social y política; sólo aspira a facilitar el camino para su estudio, ofreciendo puntos de vista, sugerencias y materiales que puedan servir para una exploración más detenida de este campo de la pedagogía.



Para facilitar su estudio, hemos dividido la obra en dos partes: una que trata de la pedagogía social y otra de la política. Aunque éstas sean sólo dos aspectos de la misma realidad educativa, creemos que la pedagogía social es el antecedente necesario de la pedagogía política, como la vida social lo es respecto a la vida pública, cuya educación estudian, respectivamente, una y otra.

El autor



Lorenzo Luzuriaga Medina es, antes que nada, un nombre con peso específico propio y significativa entidad en la historia de la educación española de este siglo. Más allá de lo que pueda depararnos la lectura de sus libros, se nos impone la reciedumbre de una vasta obra pedagógica y una acción educativa prolífica, multiforme y plenamente consolidada.

Luzuriaga es uno de los personajes más importantes del proceso de renovación histórica que se inicia en España con la Revolución de 1868 y la primera República, y que se desarrolla a lo largo del primer tercio del siglo XX, particularmente en lo que se refiere a la puesta al día del sistema educativo. Como profesional de la educación, Luzuriaga dedicó la mayor parte de su trabajo a la búsqueda de la mejor armonización de la enseñanza con la renovación de estructuras que se intentaba en los restantes aparatos del viejo Estado y en otros órdenes de la vida nacional. Y todo ello, sin olvidar su impresionante labor de regeneración pedagógica iberoamericana durante sus años de exilio en Argentina.

Sin embargo, a pesar de esa ingente obra de renovación pedagógica, no han sido reeditados ninguno de sus libros en España, siendo que cualquiera de ellos posee suficiente entidad y modernidad como para que deban ser conocidos por las actuales y futuras generaciones de maestros y pedagogos españoles. De ahí la importancia que tiene esta reedición de una de las obras más trascendentales de Luzuriaga. Una obra que adquiere mayor relevancia, si cabe, en un momento en que la Pedagogía Social está adquiriendo carta de naturaleza entre las preocupaciones de los pedagogos y de los responsables de la política española, tal y como lo demuestra la reciente aprobación de una nueva diplomatura universitaria dedicada a la Educación Social.



COLECCION
CLASICOS CEPE • 6

